

del número de las potencias que podían inspirar algún temor á la inglesa en la cuestión de la soberanía de los mares. Con la serenidad del hombre de negocios que calcula el próximo quebrantamiento de una firma enemiga mojada en la sangre de las heridas que á sí misma se hiciera, contempló Pitt el movimiento tempestuoso que arrolló á la temible monarquía de los Borbones y comprendió que mientras Inglaterra no se viera atacada, el único procedimiento conveniente era permanecer en una neutralidad absoluta.

En su país no faltaban tampoco fanáticos que se embriagaban con el vino puro de los derechos del hombre. La «Sociedad revolucionaria», que desde 1688 existía en Londres y que anualmente conmemoraba con discursos liberales esa «gloriosa rebelión», hizo entrar en el número de sus conmemoraciones políticas la de la Revolución francesa de 1789. En su sesión de 5 de noviembre de este año, el doctor Price, que contaba 66 años, presentó una «proposición sobre el amor patrio», aplicando á la caída de la antigua y al nacimiento de la nueva Francia las palabras de la Escritura: «Señor, deja ahora á tus siervos caminar en paz, pues sus ojos han divisado ya á su Salvador.» A propuesta suya, se dirigió una carta de felicitación á la Asamblea Nacional que fué enviada por conducto del conde Stanhope al duque de Laroche-foucauld para ser presentada á aquella y que fué contestada luego por este último y por el presidente de la Asamblea, obispo de Aix. La impresión y profusa distribución de estos documentos eran una verdadera provocación dirigida no solo á todos los aristócratas sino también á todos los monárquicos que sabían distinguir la libertad de la anarquía. En nombre de unos y otros dejó oír su potente voz Edmundo Burke, publicando sus famosas «Consideraciones sobre la Revolución francesa», que produjeron el efecto de una bomba en la opinión pública de Inglaterra. Al hablar de las terribles escenas ocurridas el 6 de octubre en Versalles, pintaba el salvajismo que se había apoderado de los ánimos en Francia desde aquel momento en que el poder había ido á parar á manos de bandidos; y tomando por base este hecho aislado, trazaba un cuadro de conjunto que había de poner á Inglaterra en guardia ante este porvenir y que debía contrarrestar la propaganda de las ideas de la «Sociedad revolucionaria.» Estas consideraciones eran una verdadera acusación terrible y enérgica: toda defensa, todo discurso del acusado eran ociosos; toda apelación á anteriores injusticias, toda distinción entre el propósito y el resultado eran inútiles. La ruina de la antigua Francia, que, como hemos visto, no era mas que un hecho de esta misma Francia antigua, era presentada como un crimen premeditado de una Asamblea que solo se había reunido y subsistía para destruir y derribar, cuya baja originaria superaba á cuanto pudiera imaginarse y de la cual, por lo tanto, solo podía hablarse con vengadora cólera y con indignación. Quien no sepa la diferencia que media entre la crítica del historiador y la del político de partido puede aprenderlo en estas consideraciones; y teniendo en cuenta que el hombre de partido solo se da la razón á sí mismo y nunca la da á sus adversarios, se comprenderá el servicio especial que prestó aquella obra. Este servicio consistió en arrancar el velo que cubría los sofismas que envolvían las nociones que acerca de la libertad y de la igualdad tenían los franceses y en demostrar lo inevitable é inexcusable de la anarquía, que algunos observadores superficiales solo querían considerar como un accidente casual y pasajero. Si hubiera conocido á fondo la historia de la política y del movimiento intelectual de la antigua Francia habría podido sorprender los secretos de estos sofismas en su origen y modo de ser, y no los hubiera considerado como una repentina locura de la Constituyente ni como una

invención de sus exaltados demagogos. A pesar de todo esto, fué un acto de gran talento predecir el naufragio de todo el idealismo del edificio de la nueva Francia, que tanta admiración había causado en todo el mundo no feudal, demostrando esta profecía de antemano con gran copia de valiosos argumentos.

Esto lo hizo Burke en sus «Consideraciones» en el otoño del año 1790, con una elocuencia cuya fuerza, realmente convincente, estaba notablemente perjudicada por una ampulosidad en el lenguaje que es para nuestro gusto intolerable. No se ocultaba á sí mismo ni ocultaba á los demás que la actitud en esta cuestión por él adoptada le haría romper necesariamente con los que hasta entonces habían sido sus correligionarios. En efecto, el rompimiento se verificó en 6 de mayo de 1791. Burke tomó pretexto de un debate sobre el Canadá para manifestar sus opiniones sobre los funestos errores de la Revolución francesa, y cuando se vio frecuentemente interrumpido por los individuos de su propio partido que gritaban «¡al asunto!» sintióse mas enardecido y dejó estallar su cólera sobre su amigo Carlos Fox con mas energía de lo que él mismo se había propuesto en un principio. No le llamó amigo, habló de él como de «un respetable miembro», y le dijo: «Ciertamente que en todas edades, y muy especialmente en la mía, es imprudente crearse enemigos ó dar ocasión á los amigos para que nos abandonen; pero cuando lo que me pone en tal peligro es mi firme y leal adhesión á la Constitución inglesa, me siento dispuesto á resistirlo todo y á exclamar con mi último aliento: ¡Huid de la Constitución francesa!» Fox le dijo muy suavemente que no debía temer la pérdida de sus antiguos amigos. «No obstante, le contestó Burke, trátase para mí de perder á mis amigos: sé lo que mi conducta me ha de costar, pero he cumplido con mi deber ante el peligro de perder á mi amigo. Nuestra amistad ha concluido.»

Fox se levantó para contestarle: sus ojos estaban arrasados de lágrimas y sus sollozos le impidieron al principio decir una sola palabra. Cuando logró reponerse, habló en términos profundamente sentidos del muy honorable individuo que durante tanto tiempo había sido su amigo, del cual había aprendido mas que de todos los demás hombres, cuyos escritos, discursos y conversaciones le habían instruido para ser hombre de Estado, y cuya separación había de sentir en el alma durante toda su vida. Añadió que, esto no obstante, también él debía exponer su opinión sobre la cosa pública y que en este concepto solo podía decir que la Constitución francesa era una obra sorprendente y admirable de la libertad. Burke tomó de nuevo la palabra y declaró que la nueva Constitución francesa no era sorprendente ni admirable, sino «un edificio construido con cal sin hervir, como si fuera obra de godos y vándalos, y cuyas partes chocaban entre sí sin ocupar ninguna su verdadero sitio (1).» Este debate puso término á una amistad de veinticinco años que había resistido tantos embates, que bien hubiera podido considerársela como indestructible. Los whigs, que tenían que elegir entre Fox y Burke, se adherieron unánimemente al primero, y el último se vio durante mucho tiempo en aquel aislamiento cuyos disgustos solo pueden resistirse cuando se sabe que se tiene razón y que ésta será mas ó menos tarde reconocida. Las esperanzas que los whigs habían puesto en el triunfo de la Revolución quedaron destruidas por la marcha que ésta emprendió, y el abandonado Burke pudo aun en vida presenciar cómo volvían á él aquellos que le habían abandonado.

El ministro Pitt contemplaba con tranquilidad olímpica

(1) Stanhope: *Pitt*, tomo II, págs. 91-93.

el curso de los sucesos en Francia y con gran contentamiento la descomposición de la oposición en la Cámara baja de Inglaterra. Cualquiera intervención indirecta en ambas cosas no hubiera hecho mas que detener ó desviar la marcha de los acontecimientos. El mismo «concierto de Leopoldo II», cuyo verdadero sentido era, como hemos visto, inofensivo, fué por él incondicionalmente rechazado. En 19 de setiembre de 1791 su secretario de Estado del exterior, lord Grenville, escribía al embajador inglés en Viena, sir Roberto Murray Keith (1): «En todo el tiempo que han durado los desórdenes que tanto han conmovido al reino de Francia, S. M. ha observado la mas leal y completa neutralidad y se ha guardado bien de dar un solo paso que pudiera animar ó robustecer á uno de los dos partidos allí preponderantes y de mezclarse para nada en las luchas intestinas de aquel país. S. M. piensa seguir observando igual conducta, mientras no ocurran nuevas circunstancias que le induzcan á creer que se atenta contra los intereses de sus súbditos; y aun en este caso, las medidas que S. M. tenga á bien adoptar se referirán únicamente á estas circunstancias especiales. En cuanto al «concierto» que el emperador ha propuesto á S. M. y á otras potencias, ó á los pasos de intervención activa que parece han sido proyectados para restablecer la monarquía francesa, ya sea sobre el antiguo pié, ya sobre una base de mayor dignidad y consideración de las que ahora tiene, el rey ha resuelto no tomar en ellos parte alguna ni para apoyarlos ni para combatirlos.»

Pitt se mantuvo firme dentro de estos principios hasta que la Francia revolucionaria se aprestó á atacar á la Europa monárquica, declarando la guerra á todos los tronos, ofreciendo su protección á todos los sediciosos y permitiendo con ello que en Inglaterra, Escocia é Irlanda se manifestara con desórdenes un jacobinismo cuya gravedad muy pronto debía reconocerse.

En 19 de noviembre de 1792 la Convención había prometido por medio de acuerdo solemne su ayuda á todos los pueblos que quisieran sublevarse contra sus gobiernos, y en 28 del propio mes hizo primero á una delegación de ingleses é irlandeses residentes en París y después á los emisarios (Juan Frost y Joel Barlowe) de un club anónimo de republicanos ingleses una acogida tan marcadamente republicana, que parecía como que el mundo hubiera, desde entonces, de saber lo que significaba la declaración general de guerra hecha en 19 de noviembre.

Guillermo Pitt recogió sin vacilar el guante que le había sido arrojado. Ministro hasta entonces de paz y libertad, adoptó desde luego la política de tenaz resistencia contra los enemigos interiores y exteriores. Por consejo suyo, llamó el rey á las armas, en 1.º de diciembre, á una parte de la milicia, y el día 13 del propio mes, en un largo discurso de la Corona, expuso al Parlamento nuevamente convocado el sentimiento que le causaba el ver que Francia se propusiera tan patentemente perturbar la paz interior de otros países y el verse precisado, á pesar de su amor á la paz, á aumentar las fuerzas de mar y tierra. La condena y ejecución de Luis XVI no solo produjeron en Inglaterra un sentimiento humanitario de profunda compasión, sino que fueron consideradas políticamente en el mismo sentido político que habían tenido, es decir, como una declaración de guerra y de destrucción contra toda la antigua Europa, que no solo por bayonetas y por cañones se sentía amenazada. Apenas hubo caído en 21 de enero de 1793 la cabeza de Luis XVI, cuando el ministerio inglés intimó al embajador de Francia,

(1) Herrmann: *La alianza austro-prusiana de 7 de febrero de 1792*. Gotha, 1861, págs. 99-101.

Chauvelin, que saliera de Londres. En la misma hora del día 1.º de febrero en que Pitt recomendaba en Westminster el mensaje del rey relativo al aumento del ejército y de la armada, la Convención decretaba la declaración de guerra á Inglaterra y Holanda; el día 12 la Cámara de los Comunes, á propuesta de Pitt, decretó también la guerra, asegurando al rey que la Cámara y la nación se unirían para mantener el honor de su corona y vengar los derechos de su pueblo, creando un baluarte indestructible contra los principios que ponían en peligro la tranquilidad de las naciones, en un momento en que se veían amenazados los mas sagrados bienes de la nación inglesa, como eran su ley, su libertad y su religión (2). En su discurso de 1.º de febrero había expuesto Pitt su programa para la guerra que se hacia inevitable.

«Ante todo, — dijo, — debemos dedicar nuestra principal atención á aquellos terribles sucesos, á aquel crimen sacrilego contra las leyes de la religión, del derecho y de la humanidad, que hoy inspira á toda la Inglaterra horror é indignación y que indudablemente ha producido igual impresión en todas partes. Pero comprendo que debo imponer silencio á mis sentimientos para pensar únicamente en el deber de la Cámara, que consiste en correr un velo sobre este asunto, cuyas mas inmediatas circunstancias son tan espantosas y han tenido tan terribles consecuencias. En honor de la humanidad, es preciso procurar el olvido de tan grande atentado: que la historia, en su horror por lo que ha de contar, pueda evitar á los venideros siglos la narración de todos estos detalles. Pero por grande que pueda ser la vileza de este crimen, por profundo que sea el dolor que nos cause, es imposible olvidar que ha sido cometido, y debemos, por lo mismo, sacar de él enseñanza para precavernos contra esta ofensa hecha á las leyes del honor, del derecho y de la humanidad, para evitar el peligro que consigo traen las ideas que con tanto cuidado y habilidad propagan nuestros vecinos, que conmueven todos los gobiernos, que amenazan la inviolabilidad de todos los soberanos, y á cuyo contagio y propagación es preciso oponerse á toda costa.

»Me atrevo á creer que la Cámara opinará conmigo cuán necesario es acabar con monstruosidad tan peligrosa para la conservación de los beneficios que nuestra Constitución nos proporciona. Nuestra felicidad, nuestro bienestar los debemos á nuestra Constitución monárquico-constitucional, y por lo mismo hemos de reconocer que nuestro primer deber es conservar esta Constitución que nos hace felices. Queremos conservar incólume la Constitución británica que por sabios y fundados motivos está estrechamente ligada con la persona de nuestro soberano. Sabemos la defensa que la Constitución le concede y sabemos también que ésta nos protege, con un bien entendido sistema de leyes y con un conjunto armónico de poderes aristocráticos y democráticos, así contra las extralimitaciones de un poder absoluto como contra la infección, mil veces mas peligrosa, de los desbordamientos populares. La equidad de nuestras leyes y la libertad en que descansa nuestro sistema político son objeto de envidia para todas las naciones de Europa. En este país nadie, por elevada que sea su categoría, por desahogada que sea su posición, está por encima de la ley y nadie, por pobre que sea, ha de temer que le falte la protección legal. La gloria de nuestra nación descansa en el principio de que el pobre como el rico están igualmente amparados y protegidos por las leyes. Esta es la situación de Inglaterra y esta es la comparación que hemos de establecer con un país asolado por un intolerable espíritu de destrucción, en pos del cual viene

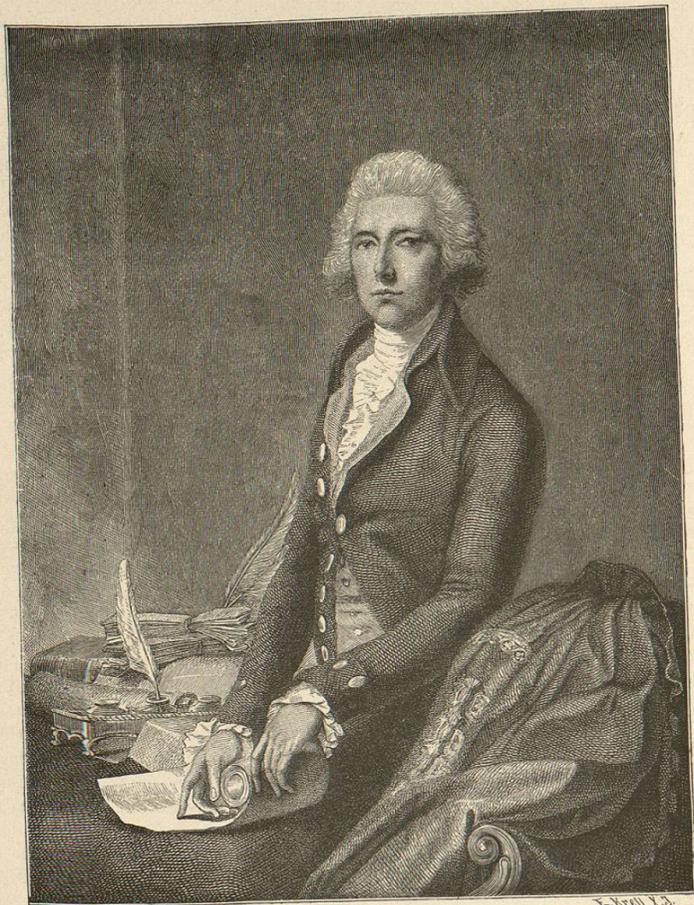
(2) *Recueil des discours prononcés au parlement d'Angleterre par J. C. Fox et W. Pitt, par Jussieu*. Paris, 1819, tomo IV, pág. 289.

siempre la desesperacion. Este veneno no puede entrar aquí si intencionadamente no se le introduce. Nuestro primer deber es indudablemente adoptar las mas enérgicas medidas para impedir que se extienda no solo por nuestro país sino por todos los países de Europa (1).»

La guerra que entonces comenzó, y simultáneamente con la cual se adoptaron severos procedimientos contra el jacobinismo indígena, fué siempre y en todas partes desgraciada, pues el arte de la guerra por mar, que habia sido y continua-

ba siendo el elemento de los ingleses, fracasó en el continen te europeo, que no era ni podia ser su elemento.

En 1793 ni se conquistó á Dunquerque, ni se conservó á Tolon; en el verano de 1794, la Bélgica, y en el mes de enero de 1795 la Holanda, pasaron á poder de Francia. En el verano de este último año, que se señaló por la firma en Basilea de la paz con la Prusia y España, la empresa intentada contra Quiberon terminó con un fracaso tan completo como lamentable, y la causa de los Borbones, con



Guillermo Pitt.

la cual estaba íntimamente enlazada la política guerrera de Inglaterra, sufrió de sus propios partidarios un golpe del que no pudo ya reponerse. Igual suerte tuvo la guerra universal, que Inglaterra, en union con el czar Pablo, sostuvo en 1799 para salvar á la antigua Europa y restaurar la antigua Francia: el desembarque del duque de York en Holanda acabó con una vergonzosa retirada. El que de los hechos de armas de Inglaterra durante esta guerra de siete años solo conozca esta larga serie de derrotas, mediatas unas é inmediatas otras, y los compare con los rios de oro que se gastaron y aumentaron considerablemente la deuda inglesa, podria formarse una idea equivocada de un ministro cuya administracion está calificada por la maestría con que supo ar-

(1) *Recueil des discours*, tomo IV, pág. 267.

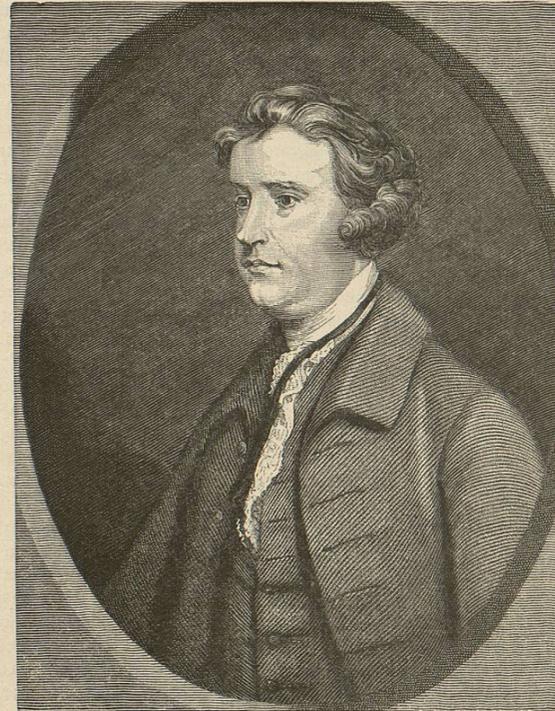
monizar y mantener nivelados el honor de la nacion y la causa de la aristocracia financiera. ¿En dónde estaba el honor de la nacion si sus armas eran objeto de las burlas de Europa? ¿En dónde estaba la causa de la aristocracia del Parlamento si de esta política solo resultaban gastos sin éxito y deudas sin medida?

La oposicion de la Cámara baja no dejaba de formular preguntas como éstas. Cada año proponia firmar la paz con Francia y á cada nueva derrota de las armas inglesas levantaba tal clamoreo que mas parecia compuesta de franceses ó de irlandeses que de ingleses. Pitt, sin embargo, se mantenía firme en su principio de que «el balance está todavía á favor nuestro así en lo que se refiere á adquisicion de países y gentes como por lo que toca á los recursos pecuniarios, y la nacion que tiene mas dinero, despues de descontadas las

pérdidas por vicisitudes pasajeras, aun quedará en definitiva preponderante (1).» Esto era perfectamente exacto. Lo que Inglaterra no ganaba ó perdía en sus empresas por tierra, estaba de sobra compensado por los triunfos de su escuadra, por la destruccion ó apresamiento de gran número de buques enemigos de guerra y mercantes, por la conquista de colonias extranjeras, por el ensanchamiento de las propias así en los lejanos países de Occidente y de Oriente como en los del Sur. Esta guerra marítima y en ultramar proporcionó al poderoso imperio británico tales triunfos y tales adquisiciones, cada día en progresion creciente, que todo des-

canso que pudiera llamarse paz habia de ser muy pronto considerado como una falta contra las mas rudimentarias reglas de la buena gestion de los negocios.

La declaracion de guerra del 1.º de febrero de 1793 la pagó en seguida la República francesa con la pérdida de importantes posesiones en ambas Indias. Advertidas de antemano para cuando llegara este caso, las autoridades militares inglesas de las Indias Orientales se lanzaron, al tener noticia del rompimiento, sobre Pondichery y Chandernagor. Los ingleses conquistaron, además, en las Indias Occidentales Tabago, y en el Norte-América, en el golfo del San Loren-



Edmundo Burke (de un grabado del año 1797).

zo, las pesquerías francesas de Saint-Pierre y de Miquelon.

Todas las potencias marítimas que se unieron á Francia ó que fueron por ésta violentamente anexionadas no hicieron mas que aumentar el botin de la escuadra inglesa. Apenas la Holanda, convertida en República bátava, fué en 1795 potencia enemiga de Inglaterra, cuando comenzó en todos los mares la caza de buques holandeses. Tres navios de línea, nueve embarcaciones que hacian la travesía de las Indias Orientales y otros treinta buques de otras clases que habian buscado proteccion en los ingleses fueron apresados, como lo era todo barco holandés fueran cuales fueren las aguas en que navegara. En 1796 el almirante Elphinstone conquistó el cabo de Buena Esperanza y se apoderó de una flota mercante que los holandeses estimaron en diez millones de francos. Los ingleses arrebataron á los holandeses en las Indias Occidentales las colonias de Demerara, Berbice y Essequibo, y en las Orientales las de Banda y Amboina.

(1) Tal fué el pensamiento fundamental de su discurso de 30 de diciembre de 1794. *Recueil*, tomo IV, págs. 358-359.

En el propio año, la España, al unirse con Francia, entregó á los ingleses su poderío, su escuadra, su comercio y sus colonias. Con 25 buques de línea pasó, á principios de febrero de 1797, el almirante español José de Córdova el estrecho de Gibraltar entrando en el Océano Atlántico, con el propósito de liberrar á la escuadra francesa que se hallaba en Brest sitiada por los ingleses y de intentar junto con ella un desembarque en Irlanda; pero en el cabo de San Vicente fué acometido por el almirante inglés Jervis con solos 15 buques de línea con tanta furia (14 de febrero) que Córdova, despues de perder cuatro embarcaciones, hubo de refugiarse en el puerto de Cádiz. Dos dias despues, el almirante inglés Harvey atacaba con una escuadra inglesa y conquistaba al primer embate la isla de la Trinidad, que era la perla de las posesiones españolas en las Indias Occidentales. El almirante español, que con una pequeña escuadra de cuatro buques de línea, una fragata y algunas embarcaciones mercantes de poca monta (2), se encontraba en el puerto de Chaguara-

(2) Baumgarten: *Historia de España*, Leipzig, 1865, tomo I, pág. 87.